y a la viuda? ¿Quién no se persuadirá que el imperio mexicano haya ya llegado a la cumbre de la autoridad, pues te comunicó el señor de lo criado tanta, que en sólo verte la pones a quien te mira? Alegráte, ¡oh, tierra dichosa!, que te ha dado el criador un príncipe que te será columna firme en que estribes; será padre y amparo de que te socorras; será más que hermano en la piedad y misericordia para con los suyos. Tienes, por cierto, rey que no tomará ocasión con el estado para regalarse y estarse tendido en el lecho, ocupado en vicios y pasatiempos; antes al mejor sueño, le sobresaltará el corazón y le dejará desvelado el cuidado que de ti ha de tener. El más sabroso bocado de su comida no sentirá suspenso en imaginar en tu bien. ¿Díme pues, reino dichoso, si tengo razón en decir que te regocijes y alientes con tal rey? Y tú, o generosísimo mancebo y muy poderoso señor, ten confianza y buen ánimo, que pues el señor de todo lo criado te ha dado este oficio, también te dará su esfuerzo para tenerle; y el que en todo el tiempo pasado ha sido tan liberal contigo, puedes bien confiar que no te negará sus mayores dones, pues te ha puesto en mayor estado, de el cual goces por muchos años y buenos.

Estuvo el rey Motecuhzuma muy atento a este razonamiento, el cual acabado, dicen, que se enterneció de fuerte, que acometido a responder por tres veces no pudo, vencido de lágrimas (que muchas veces el proprio gusto suele bien derramar, guisando un modo de devoción salida de su propio contentamiento con muestras de grande humildad), pero al fin, reportándose, dijo brevemente: harto ciego estuviera yo (buen rey y hermano mío) si no viera y entendiera que las cosas que me has dicho han sido puro favor que me has querido hacer, pues habiendo tantos hombres tan nobles y generosos en este reino echaron mano para él del menos suficiente que soy yo; y es cierto que siento tan pocas prendas en mí para negocio tan arduo que no sé qué hacerme sino acudir al señor de lo criado que me favorezca y pedir a todos que se lo supliquen por mí. Dichas estas palabras se tornó a enternecer y llorar y, con esto, siguieron otros dándole el parabién de su oficio, y con grande aplauso de todos lo llevaron a su casa donde se le hicieron muchas y muy grandes fiestas.

CAPÍTULO LXIX. *De lo que hizo Motecuhzuma, luego al principio de su reinado, en que mostró el valor que tenía*

RA COSTUMBRE DE ESTOS REYES INDIOS, luego al principio de su elección, hacer alguna salida de su corte contra los enemigos de sus reinos, ora fuesen rebelados, ora otros que no los hubiesen reconocido ni tributado. Y a esta sazón, que Motecuhzuma fue puesto en la silla de Mexico estaban los de Atlixco declarados por enemigos (porque como gente belicosa que era no quería acudir de gana a servir a Mexico). Salió luego a esta empresa Motecuhzuma y llevó consigo la flor de la caballería del

reino y entre los más de cuenta fueron Cuitlahuatzin, Matlatzincatzin, Pinahuitzin y Cecepaticatzin, sus hermanos, hijos del rey Axayacatl (y el primero de éstos, que es Cuitlahuatzin, fue el que eligieron los mexicanos después de su muerte en las guerras de Fernando Cortés). Fueron también en esta jornada dos sobrinos suyos, hijos de Tizoc su hermano, llamados Ymactlacuiyatzin y Tepehuatzin. En esta guerra se mostró el rey muy valeroso, haciendo hazañas muy dignas de su persona; y estos príncipes, sus hermanos y sobrinos, dieron asimismo muestras de muy valerosos capitanes y soldados y trajeron captivos, presos por sus manos, que es la mayor honra que de la guerra traían los indios de aquellos tiempos; pero quedaron muertos en ésta Huitzilihuitzin, Xalmich y Quatacihuatl, que eran grandes guerreros y capitanes y con ellos murieron otros algunos. Volvió Motecuhzuma con victoria y muy gran presa con que hizo las fiestas de su coronación.

Vuelto Motecuhzuma de esta guerra vino muy otro de lo que fue, porque a las que antes había ido había sido como soldado o capitán particular y así hacía lo que los demás, que no llevaban poder absoluto; pero como en ésta se reconoció señor superior y supremo comenzó luego a mostrar las grandezas de su corazón y el pecho levantado de su presunción; y el que tales muestras de humildad y ternura dio en su elección, viéndose ya rey comenzó a descubrir sus pensamientos altivos; y lo primero que mandó fue que ningún plebeyo sirviese en su casa, ni tuviese oficio real, como hasta allí sus antepasados lo habían usado; en los cuales reprehendió mucho haberse servido de algunos de bajo linaje y quiso que todos los señores y gente ilustre estuviese en su palacio y ejercitase los oficios de su casa y corte. A esto le contradijo un hombre anciano, de grande autoridad, ayo suyo, que lo había criado, diciéndole que mirase que aquello tenía mucho inconveniente; porque era enajenar y apartar de sí todo el vulgo y gente plebeya y que no osarían ni aun mirarle a la cara viéndose así desechados. Replicó Motecuhzuma que aquello era lo que él quería y que no había de consentir que anduviesen mezclados, plebeyos y nobles, como hasta allí y que el servicio que hacían era cual ellos eran, con que ninguna reputación ganaban los reyes. Finalmente se resolvió de modo que envió a mandar a su consejo que quitasen luego todos los asientos y oficios que tenían los plebeyos en su casa y en su corte y los diesen a caballeros; y así se hizo.

Había un gran capitán en los ejércitos mexicanos a quien los reyes debían buenos servicios, llamado Tlilxuchitl; y como Motecuhzuma se preciaba de gran señor y muy próvido en su gobierno, premió sus trabajos con hacerle señor del pueblo de Tlachauco, con que Tlilxuchitl quedó muy agradecido y recompensado, y Motecuhzuma con fama de muy reconocido y agradecido rey. Y luego al segundo año de su reinado hubo un eclipse del sol, de que temieron mucho estos mexicanos; porque como no alcanzaban ser cosa natural, creían que era algún anuncio de cosas venideras; y aunque es así, con todo, sucedió luego tras él, la muerte de Huitzilatzin, señor de Huitzilopuchco, dos leguas de esta ciudad; y este mismo año, segundo de su imperio, envió sus embajadores con un buen presente a la

provincia de Tlachquiauhco, a Malinal, señor de aquella provincia. Los cuales, entrando en su palacio, le dijeron: Motecuhzuma, nuestro señor y tu pariente nos envía a ti, diciendo que el rey Ahuitzotl, su tío, le dejó dicho cómo en tus jardines tienes un árbol llamado tlapalizquixochitl de lindas y olorosas flores, el cual deseó tener en sus huertas y por muchas cosas, en que andaba divertido, no se acordó de enviártelo a pedir; pero que él (codicioso de la mucha fama de aquel árbol) te ruega, como a pariente y amigo, que se lo des y que te lo pagará en todo aquello que quieres. Oyó Malinal la embajada y en lugar de dar buenas palabras (ya que no quiso dar el árbol, que con tanto comedimiento enviaba a pedir un tan poderoso rey) dijo a los mensajeros: ¿Qué decís vosotros, que parece que traéis perdido el seso? ¿Quién es este Motecuhzuma que decís, por cuyos mensajeros venís a mi corte? ¿Por ventura Motecuhzuma Ilhuicamina ya no es muerto muchos años ha, al cual han sucedido en el reino mexicano, otros muchos reyes? ¿Quién es este Motecuhzuma que nombráis? Y si es así, que hay alguno ahora y es rey de Mexico, id y decidle que le tengo por enemigo y que no quiero darle mis flores y que advierta que el volcán que humea tengo por mis linderos y términos. Esto dijo como si dijera, decidle, que si es rey, yo también lo soy y que tengo vasallos tantos que puedo con ellos hacerle guerra y que no me asombra su nombre. Aquí se me viene a la memoria lo que a Nabal Carmelo le sucedió con David, que enviándole el comedido rey a decir, con algunos de sus soldados, que le pedía y rogaba le favoreciese en aquella grande necesidad que pasaba con sus compañeros, enviándole alguna cosa de refresco de las muchas que en su casa le sobraban, no sólo no le acudió con nada, pero despreciando su persona dijo: ¿Quién es David, ese hijo de Isaí? ¿Por ventura quitarme he yo de la boca el pan para dárselo a él y a sus fugitivos soldados? Andad, decidle que no quiero; pero lo que resultó de esta respuesta fue ponerse en arma David contra él. De esta manera sucede en esta ocasión, que despachados los mensajeros de Motecuhzuma con este recaudo, lo representaron al rey con la crudeza que se les dio; de lo cual enojado Motecuhzuma hizo gente y envióla contra él y lo venció y mató, y se hizo señor no sólo de las flores, pero de los pueblos de Malinal, y de camino venció a las gentes de Achiotlan, con que vinieron victoriosos y con grande presa de captivos.

No se olvidaba Motecuhzuma de las cosas de su falsa religión aunque andaba muy ocupado en las de el gobierno y acudía a lo uno y a lo otro, con mucha puntualidad; y así, levantó casas al demonio en algunas partes que le pareció ser convenientes y puso la piedra de los sacrificios en lugar más alto que estaba y hizo un solemnísimo sacrificio en un templo que estaba en Zonmolli. Y este mismo año, que era principio del tercero de su reinado, se desavinieron los tlaxcaltecas y huexotzincas (que no fue cosa nueva entre ellos, porque muy de atrás se hacían guerra por muy livianas cosas, aunque la presente fue quererse meter los unos en las tierras de los otros) y como los huexotzincas eran menos que los tlaxcaltecas vinieron a Mexico y Tetzcuco a pedir socorro, el cual les dieron los reyes y fueron

contra ellos, ayudados de los mexicanos y aunque no los vencieron los echaron de sus tierras y cesaron las contiendas; y para que mejor se entiendan estas cosas pondré aquí el origen de sus guerras, no siguiendo la puntualidad de el tiempo ni de los años, porque entre ellos andan también confusos, pero las esenciales y de más cuenta fueron en los del reinado de Motecuhzuma, desde luego que comenzó a reinar, y así se dicen algunas en este año.

CAPÍTULO LXX. *Del origen y principio que tuvieron las guerras de los mexicanos con los de la provincia de Tlaxcallan*

Y A DECIMOS EN EL LIBRO DE LAS POBLACIONES, cómo estos tlaxcaltecas poblaron mucha parte de las tierras marítimas y apartadas de estas sus comarcas y por esta causa salían a tratar y a contratar con ellos, de donde traían oro, cacao, cera, algodón, ropa, miel y pluma rica, así de papagayos como de otras aves que por aquellas partes se criaban y otras cosas de riqueza que ellos mucho estimaban; por lo cual vino a ser este reino o provincia de Tlaxcalla de las mayores y de más estimación de las que por entonces había en esta tierra; y como siempre es odiosa la honra y buena fortuna para aquel que la desea y no la alcanza, tuvieron envidia de la prosperidad de Tlaxcalla todas sus convecinas, como fueron Cholullan, Huexotzinco, Quauhquechollan, Itzucan, Tecalpan, Tepeyacac, Tecamachalco y otras que por allí había, cuyos moradores siempre habían hecho amistad a los de aquella república; pero la sediciosa ambición que no duerme en los corazones de los ambiciosos pudo tanto en estas gentes, que faltando en el amor que les tenían lo convirtieron en odios y enemistades, haciéndose con los mexicanos para descomponerlos; porque como hemos visto, en el largo discurso de su historia, habiéndose aliado los aculhuas y mexicanos y entre ellos hubiese habido tanta amistad y concordia pudo, con esto, ir en crecimiento su imperio y señorío. Y no contentándose con lo que era suyo proprio pretendieron hacerse señores de los otros. Esto comenzó en Itzcohuatl y fue prosiguiendo en Motecuhzuma Ilhuicamina y luego en Axayacatl, Tizoc y Ahuitzotl, los cuales fueron formando ejércitos muy cuantiosos con que fueron conquistando y ganando muchas tierras y provincias y sujetándolas a su señorío; porque con las muchas gentes que juntaban atemorizaban toda la tierra, y así unas provincias se les ofrecían de paz y otras a fuerza de guerra; y de esta manera rindieron la mayor parte de este nuevo mundo. Y como los tlaxcaltecas viesen la prosperidad y pujanza de estos mexicanos culhuas, y recelasen poder venir sobre ellos lo que veían en sus vecinos, trataron entre sí de ponerse en arma contra su mala intención, viendo el poderío tan grande que se había levantado en Mexico; y porque no les entrasen por ninguna parte determinaron de guardar y conservar sus tierras (sin pretender las ajenas, ni codiciarlas) mostrando paz con todos, como siempre la habían tenido.